

Martín Felipe Castagnet

## Los mantras modernos

Prólogo de  
Daniel Salvo



PESOPLUMA

*Los mantras modernos*

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para el Perú.

© Martín Felipe Castagnet

Según acuerdo con Michael Gaeb Agencia Literaria.

© Pesopluma, 2019

1ª edición: abril 2019

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Novela

Tiraje: 500 ejemplares

Ilustración de portada: Mike Winkelmann

Diagramación de interiores: Jonathan Hart

ISBN: 978-612-4416-04-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-05043

Editado por PESOPLUMA S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

[www.pesopluma.net](http://www.pesopluma.net) | [contacto@pesopluma.net](mailto:contacto@pesopluma.net)

Impreso por Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Riso 580, Lince, Lima – Perú

Abril de 2019

## ÍNDICE

<b>Prólogo</b>	9
<b>Primera parte</b>	
Los vendedores del apocalipsis	27
1	29
2	39
3	45
4	57
5	61
6	69
7	81
<b>Segunda parte</b>	
Los saqueadores de las tumbas del futuro	85
8	87
9	95
10	101
11	109
12	119
13	123
14	129
15	135
16	139
17	143
18	153
19	161
20	163

<b>Tercera parte</b>	
Los padres modernos	167
21	169
22	173
23	177
24	179
25	183
26	187
27	191
28	195
29	199
30	205
31	209
32	213
33	217
<b>Agradecimientos</b>	221

«**Hace mucho que no viene tu hermano**», le dijo la dueña del geriátrico en donde vive Ababa. «Debe estar desaparecido», contestó Masita, demasiado ocupado como para inquietarse por Rapo. Su mente estaba en otra cosa: Sabrina le acababa de decir que no quería quedar embarazada. Luego, claro, se olvidó de Rapo, o decidió no prestar atención. La segunda llamada le llega recién un par de meses más tarde, mientras separa los reciclables, esta vez de su madre: «Tu hermano no aparece, hacé algo o te quedás sin familia».

Masita vive en Embarcación desde que nació. Pocas personas le dicen Maxi, entre ellas Sabrina. Cuando sin querer lo llama Masita, por contagio social, se queda trabada entre una palabra y la otra. No se corrige para no delatarse, pero desde que se separaron lo nombra menos y se ahorra el problema. Ella nunca salió con Masita, solo con Maxi, pero cuando Masita está solo de madrugada y se recrimina cosas frente al espejo del baño se dice a sí mismo Masita. Por ejemplo: «¡Qué pelotudo que sos, Masita!».

**El primer paso para encontrar a tu hermano** es visitar la casa de tu madre, a lo que te rehusás si tenés la oportunidad. Te hacés desaparecer antes de entrar, para que nadie te moleste. Sabés que Camelia está dentro porque las llaves están colgadas en su lugar habitual, pero cualquier excusa te resultaría buena para desaparecer: es como ponerse al abrigo aceitoso de una segunda piel que te queda cómoda y resbala a los ojos de los demás. Descalzate y subí las escaleras sin tirar ninguno de los objetos que pueblan los escalones: teteras, cacerolas, cactus,

cubiertos, garrafas vacías, relojes, todo correctamente etiquetado y con su respectivo precio.

La puerta de tu habitación está cerrada; te fuiste de tu casa en cuanto pudiste, y después se transformó en un cuarto de estudio que nadie utiliza. Seguí de largo hasta la habitación de tu hermano, la puerta esta vez entornada. La luz apagada, las persianas bajas. No lo podés ver, pero estás convencido de que Rapo está presente y que lo de tu mamá es solo un susto. Debe estar en el centro del dormitorio, pensás, su cuerpo enorme cubriendo toda la alfombra circular; si te quedás en silencio quizás podrías llegar a escuchar su respiración.

—¿Estás ahí? —preguntás en voz alta.

La única luz proviene del monitor, pero la pantalla está en blanco. El resplandor ayuda a que tu mamá ya no quiera entrar sola. Entrá en la habitación y cerrá la puerta. Todavía tenés las zapatillas en la mano derecha.

*¿Todavía te conectás?*, le preguntás a través del bindi. *Vine a escondidas a visitarte*. Rapo sigue sin responder. Te acercás al centro del cuarto, palpando por tu hermano: nada. Quizás Camelia tenga razón después de todo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? La aplicación ni siquiera informa cuándo es la última vez que se conectó.

De a poco la negrura muestra sus capas: la mesita de luz apagada, el abrigo sobre el cobertor. Tocás la cama con la mano izquierda: está armada. Antes de irte desinflá el monitor, para no asustar a mamá.

**Cuando Masita reaparece fuera del cuarto** su madre está esperándolo en el rellano de la escalera. Le da un beso en cada cachete. Tiene un teléfono en la mano, y con la otra tapa el auricular.

—¿Vas a ir a visitar a tu abuelo al geriátrico?

—¿Por qué insistís tanto si ni siquiera te cae bien?

—Era mi suegro. Pero sigue siendo tu abuelo.

—Voy a visitarlo, pero después. Ahora dejame tranquilo, mamá.

Le señala el teléfono y le pregunta cómo van las ventas. Eso la hace sonreír. Camelia vende las pertenencias de los que le temen al fin del mundo.

«Deberíamos mudarnos a una casa más chica, que no necesite empleada», había dicho en cuanto enviudó, pero en vez de eso se había encerrado en la cámara mortuoria junto a todos los tesoros del difunto faraón. El miedo que iniciaron las desapariciones la sacó de su sopor y abrió las ventanas de su tumba. Empezó vendiendo sus cosas y luego siguió con las de los demás. Al día de hoy sigue en la misma casa y pagándole a Inmaculada para que la ayude con la limpieza.

A Masita no le gusta ver los recuerdos familiares apiñados en el piso, fuera de lugar. Hay más cosas de las que pensaba, y muchas que ni siquiera recuerda. La casa es tan grande que durante su infancia hubo demasiado lugar para los dos hermanos, y jamás tuvieron que compartir una habitación. De chicos eran los mejores amigos, pero el vínculo se fue desarmando a medida que entraban en la adolescencia; de grandes solo coincidían al alimentarse, la mayonesa en silencio de una mano a la otra. Más tarde Masita se mudó a un departamento con Sabrina y luego de separarse alquiló otro con tal de no volver a la casa materna. Como los anillos del tronco de un árbol, cada mudanza dejó en su interior una muesca del paso del tiempo.

Masita espera en la cocina a que su madre termine la llamada. Se apresura en hacerse un té; últimamente el café le cae mal y la madre siempre le hace uno sin preguntarle si quiere. Le gusta tener una excusa para lavar la vajilla. El agua caliente, las manos rojas y suaves, el fin de las asperezas. La escucha

hablar de colchones, de precios, del Ejército de Salvación. Para qué usa el teléfono si puede usar el bindi que le instalé en la frente, se pregunta Masita mientras prepara la bandeja. Lleva la taza consigo y deja la tetera y el pote con hebras sobre la mesada, bien a la vista.

Camelia entra silbando y empieza a armar la cafetera.

—Mamá, no, ya me hice un té, mirá.

Ella se pone triste.

—Es para hacer uno para mí —le dice.

Miente, piensa Masita: solo toma café cuando está muy preocupada y ahora no lo está. La gente que silba no está preocupada. Camelia mira la bacha y descubre que Masita estuvo lavando.

—No quiero que ayudes, te lo dije muchas veces.

—No lo hice para ayudarte.

—Lo que sí te pido no lo hacés.

—Al abuelo siempre lo visita Rapo.

—No estoy hablando de tu abuelo. Estoy hablando de tu hermano. Si siempre lo visita, ¿por qué ahora no? Hoy me volvieron a llamar del geriátrico, les parece raro y se preocupan. Son gente de bien.

—Pagamos mucha plata para que se preocupen.

—No todo es dinero, Masita.

Camelia también se sienta a la mesa; él sabe que va a dejar el café sin tocar.

—La última vez que vi a tu hermano fue hace dos o tres meses. Entré a cambiarle las sábanas y me pareció verlo medio invisible. Claro que no puedo estar segura porque no me respondió. Estoy segura de que a veces él viene cuando duermo: cada tanto me deja... rastros, pero son cada vez más inusuales.

Ambos miran hacia la mesada, luego la heladera, los imanes parcialmente inmóviles. Pueden ver con claridad lo



mismo: Rapo, separando varias rebanadas de pan en más de un plato, haciendo sándwiches de todo. Sus huellas digitales en los vasos. Un fantasma que los visita cada día menos.

—Tenés que convencerlo de que regrese, Masita.

—Ya es grande y decide por su cuenta.

—Es tu hermano menor. Nunca va a ser grande para vos. ¿Vos sabés lo que les pasa a los que están demasiado tiempo desaparecidos? Yo sí: desaparecen.

Rapo debería salir de su cuarto en este instante, piensa Masita, bajar las escaleras y rescatarme con su presencia de esta situación irresoluble.

—No sé, mamá. Rapo siempre fue y volvió...

Camelia revuelve su taza y toma un poco de café.

—Bueno, yo lo voy a hacer por vos. Pero no te olvides de lo que hablamos. ¿Terminaste de usar la taza? Así la lavo.

Masita se pone las zapatillas mientras ella se queda mirándolo, los brazos cruzados, el teléfono de nuevo en la mano.

—Llevate un paraguas de los nuestros que mañana llueve. No invento, eh, le pregunté a los buscadores. Tu mamá ya maneja la aplicación, sentite orgulloso.

Al final el paraguas lo trae ella. Cuando se queda solo Masita lo esconde dentro del armario de los juegos de mesa. La casa está más ordenada y eso lo hace sentirse mejor. Masita tiene ganas de desaparecer durante mucho tiempo, de recordar que no hay nada que temer y que es una sensación maravillosa que ella no entiende porque está vieja y también, a su modo, desapareciendo. Activa la música del bindi, se saca los mocos y entonces desaparecés y te echás a correr.

**Estás relajado, como sucede siempre que estás desaparecido,** tus huesos hechos polvo de gelatina luego de correr hasta tu departamento. Encendés la estufa y un palo santo

para darle vida al living. Te buscás en el espejo y no te encontrás: ni tus canas tempranas, ni tus ojos apenas rasgados, ni la cicatriz que te hizo tu hermano sin querer cuando tenías dos años. Te das una ducha caliente y frotás lo invisible. ¿Se bañará tu hermano? Mamá habló de las sábanas pero no dijo nada de las toallas. Entonces se te ocurre que Rapo está buscando la disolución lenta que supuestamente sobreviene a todos aquellos que desaparecen por demasiado tiempo, y la ducha es reemplazada por un calambre, agua helada, y culpa. Cerrá la canilla, bien fuerte para que no gotee y Sabrina no se enoje, aunque ya no estén juntos ni viva con vos.

Masita reaparece y se sienta en la alfombra al costado del sillón. La llama a Sabrina por bindi y le cuenta el problema. Se enojaría si no le cuento, piensa. A excepción de una o dos semanas, no dejaron de hablar después de la separación.

34

*Tu hermano ya es grande, le contesta ella. Y vos sabés lo mucho que yo odio la desaparición. Me da arcadas de solo pensarlo, como algo viscoso que me sube del estómago hasta la nariz. Todas las madres se preocupan por sus hijos ausentes. ¿Te pensás que mi papá no se preocupaba cuando yo no avisaba que me quedaba a dormir en tu casa? Además, ¿no es que a vos también te gusta desaparecer? Siempre me insistís con eso. ¿Entonces?*

Más tarde es Masita el que silba mientras prepara la cena, cuchilla en mano y carne en tabla, y piensa si la solución no hubiera sido pinchar un preservativo a tiempo.

**Era como tocar basura con las manos**, anotó Sabrina para describir su primera vez. Pero antes siempre está el calor, una llamarada de agua ardiente que dura un segundo y estremece las falanges. Es un dolor adictivo, y a Sabrina le gusta meter y sacar la mano para repetir la sensación (aunque más tarde, al terminar la inspección y quitarse los guantes de látex, le resulta

inevitable examinarse los dedos en busca de alguna irregularidad, alguna pelotita en las articulaciones que finalmente nunca aparece). Recién cuando el calor se vuelve constante y suave emerge la vida exótica.

Al tacto se asemeja a una crema de cáscaras de uva, ramas arrancadas de cuajo, semillas a punto de germinar. Cuanto más usado el objeto más crecen las ramas, mayor la apertura de las semillas, el espesor y brillo de la crema. Si el objeto es nuevo, en cambio, su vida exótica se presenta lisa y sin color, casi acuosa. Sabrina comenta todas estas particularidades en voz alta para que queden registradas; luego las ordena según las clasificaciones que ella misma armó en base a sus lecturas y sus entrevistas con los desaparecidos. La vida exótica del objeto que Sabrina inspecciona esta vez tiene una consistencia mantecosa y llena de filamentos azulados. Intenta recordar dónde compró ese banquito; supone que es heredado.

Una vez finalizados los comentarios Sabrina se toca el bindi rugoso que tiene en la frente y se quita las antiparras. La vida exótica se apaga de inmediato: donde antes había llamas ahora solo queda madera. Con algo de esfuerzo se pone de pie y devuelve a su lugar el banquito que estuvo inspeccionando. Le gusta sentarse en el suelo, tanto para estudiar como para comer; volver a la posición erguida la agota mentalmente. Quisiera levitar, se dice, y luego pregunta: ¿algún día el ser humano podrá levitar? Los buscadores procesan la consulta y responden: PODRÁ LEVITAR CUANDO DEJE DE SER HUMANO. Los guantes se pegan a la piel cuando intenta sacárselos y las manos hieden a preservativo durante todo el día.

Frente al cesto duda si tirarlos o no. Son guantes hápticos de buena calidad: se los puede arrugar como una bola de papel o estirarlos hasta tres veces su longitud sin presentar signos de fatiga. Pero este par ya está muy gastado, la lámina

en la yema de los dedos se ve ennegrecida y llena de transparencias. No seas sucia, se dice, mirá la ropa tirada en el suelo y los platos en la bacha. Decide tirarlos.

**El bindi no es invasivo:** es un parche de piel rugosa como el codo, que de vez en cuando se ilumina tenuemente. Cuando Sabrina está hablando con alguien y se ilumina la aureola le gustaría acercarse y tocar las líneas que se le forman. Incluso le gustaría lamerlo: a veces debe ser dulce, otras veces salado, casi siempre amargo.

La verdad es que desde que empezaron las desapariciones los desconocidos se tocan más entre sí. Sabrina tuvo que aprender ese lenguaje cuando comenzó con las entrevistas.

36 Fue poco después de separarse de Masita; las desapariciones ya eran un asunto cotidiano y, pese a los accidentes, había consenso en que después de todo se podía seguir viviendo. Así lo habían predicho los buscadores. No iba a ser el fin del mundo, como se temía. Hasta que muchas personas desaparecidas empezaron a desaparecer del todo: como si se disolvieran.

Las llamadas desapariciones ocuparon la tapa de los medios desde el comienzo; estas disoluciones, en cambio, siguen siendo un secreto a voces. Por eso Sabrina empezó con las entrevistas. Se aburría de consultar una y otra vez los buscadores rastreando noticias para el diario digital donde trabaja.

Los primeros casos los encontró navegando, como cualquier otra cosa, pero para encontrarlos hay que saber qué es lo que se está buscando. Se sube al auto, los sigue, los investiga. Se pone las antiparras y espera a que salgan, invisibles, de sus casas.

Dicen que los que se disuelven no mueren sino que reaparecen en un lugar mejor. Entrevistó a algunas personas

que afirmaban haber regresado de ese lugar: le agarraban la mano, le sujetaban el codo y compartían la piel de gallina. No podía verlos porque seguían desaparecidos («tengo miedo de reaparecer y no ser capaz de regresar», le había dicho uno), pero varios lloraban. Sabrina estiraba la mano y lentamente les tocaba las ojeras con las yemas de los dedos, hasta encontrar el cosquilleo de las pestañas, el surco mojado. Luego le daban ganas de llevarse los dedos a la boca.

Todos, de una forma u otra, hablaban de la fosforescencia como la cualidad destacada del paisaje. En algún momento se transformó en el nombre del lugar. Le cuentan que para reconocerse preguntan «¿fuiste a la fosforescencia?». Los ignorantes contestan «¿qué?» y ellos dicen «nada» y siguen con sus cosas. Ella nunca fue, pero al menos no es ignorante. Tampoco lo considera un privilegio. Al fin y al cabo, si empezó a investigar fue en busca del hermano de Masita.